




Los Hermanos Grimm



# Selección de cuentos

## *Niños*

**Los hermanos Grimm**

Jacob Grimm y Wilhelm Grimm

Jacob Grimm (Hanau, actual Alemania, 1785 — Berlín, 1863) y Wilhelm Grimm (Hanau, 1786 — Berlín, 1859). Se dedicaron a la filología y a investigar acerca del folclor alemán. Autores de una conocida recopilación de cuentos populares titulada Cuentos infantiles y del hogar (1812—1822). Jacob viajó a París en el año 1805 como ayudante del profesor Von Savigny. Después de licenciarse ambos trabajaron, como bibliotecarios y profesores de universidad en las Universidades de Gotinga y Berlín. Entre 1812 y 1822, los hermanos Grimm publicaron *Cuentos del hogar*, una colección de cuentos recogidos de diferentes tradiciones a menudo esta obra es conocida también como *Los cuentos de hadas de los hermanos Grimm.*

Forman parte de esta colección de más de doscientos cuentos, narraciones tan famosas como *Blancanieves, La Cenicienta, Pulgarcito, Juan con suerte, Leyenda de los duendecillos, La hija del molinero, Caperucita Roja, Rabanita, En busca del miedo, Los músicos de Bremen y Barba Azul,* entre otros. Lo cierto es que ellos supieron darle tanta frescura a sus relatos, que pocos libros como los de ellos, hacen revivir de inmediato la misteriosa y profunda intimidad de la naturaleza germánica.

Luego de una larga trayectoria, Jacob Grimm muere en Berlín a los 78 años, mientras que su hermano Wilhelm, muere a los 73 años, en la misma ciudad.

LOS HERMANOS GRIMM

# SELECCIÓN DE CUENTOS
## *Niños*



***Selección de cuentos***
Niños
Los Hermanos Grimm

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes León
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 — Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

# Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

# *Caperucita Roja*

Había una vez una adorable niña que era querida por todo aquél que la conociera, pero sobre todo por su abuelita, y no quedaba nada que no le hubiera dado a la niña. Una vez le regaló una pequeña caperuza o gorrito de un color rojo, que le quedaba tan bien que ella nunca quería usar otra cosa, así que la empezaron a llamar Caperucita Roja. Un día su madre le dijo:

—Ven, Caperucita Roja, aquí tengo un pastel y una botella de vino, llévaselas en esta canasta a tu abuelita que esta enfermita y débil y esto le ayudará. Vete ahora temprano, antes de que caliente el día y en el camino, camina tranquila y con cuidado, no te apartes de la ruta, no vayas a caerte y se quiebre la botella y no quede nada para tu abuelita. Y cuando entres a su dormitorio no olvides decirle, “Buenos días”, ah, y no andes curioseando por todo el aposento.

—No te preocupes, haré bien todo, —dijo Caperucita Roja y tomó las cosas y se despidió cariñosamente. La abuelita vivía en el bosque, como a un kilómetro de su casa. Y no más había entrado Caperucita Roja en el bosque, siempre dentro del sendero, cuando se encontró con un lobo. Caperucita Roja no sabía que esa criatura pudiera hacer algún daño, y no tuvo ningún temor hacia él.

—Buenos días, Caperucita Roja — dijo el lobo.

—Buenos días, amable lobo.

—¿Adónde vas tan temprano, Caperucita Roja? —A casa de mi abuelita.

—¿Y qué llevas en esa canasta?

—Pastel y vino. Ayer fue día de hornear, así que mi pobre abuelita enferma va a tener algo bueno para fortalecerse.

— ¿Y dónde vive tu abuelita, Caperucita Roja?

— Como a medio kilómetro más adentro en el bosque. Su casa está bajo tres grandes robles, al lado de unos avellanos. Seguramente ya los habrás visto —contestó inocentemente Caperucita Roja.

—El lobo se dijo en silencio a sí mismo: "¡Qué criatura tan tierna! qué buen bocadito y será más sabroso que esa viejita. Así que debo actuar con delicadeza para obtener a ambas fácilmente".

Entonces acompañó a Caperucita Roja un pequeño tramo del camino y luego le dijo:

—Mira Caperucita Roja, que lindas flores se ven por allá, ¿por qué no vas y recoges algunas? Y yo creo también que no te has dado cuenta de lo dulce que cantan los pajaritos. Es que vas tan apurada en el camino como si fueras para la escuela, mientras que todo el bosque está lleno de maravillas.

Caperucita Roja levantó sus ojos y cuando vio los rayos del sol danzando aquí y allá entre los árboles, las bellas flores y el canto de los pájaros, pensó: “Supongo que podría llevarle unas de estas flores frescas a mi abuelita y que le encantarán. Además, aún es muy temprano y no habrá problema si me atraso un poquito, siempre llegaré a buena hora”. Y así, ella se salió del camino y se fue a cortar flores. Y cuando cortaba una, veía otra más bonita, y otra y otra, y sin darse cuenta se fue adentrando en el bosque. Mientras tanto el lobo aprovechó el tiempo y corrió directo a la casa de la abuelita y tocó a la puerta.

— ¿Quién es? —preguntó la abuelita.

—Caperucita Roja —contestó el lobo—. Traigo pastel y vino. Ábreme, por favor.

—Mueve la cerradura y abre tú —gritó la abuelita—, estoy muy débil y no me puedo levantar.

El lobo movió la cerradura, abrió la puerta y sin decir una palabra más, se fue directo a la cama de la abuelita y de un bocado se la tragó. Y enseguida se puso ropa de ella, se colocó un gorro, se metió en la cama y cerró las cortinas.

Mientras tanto, Caperucita Roja se había quedado recolectando flores y cuando vio que tenía tantas que ya no podía llevar más, se acordó de su abuelita y se puso en camino hacia ella. Cuando llegó, se sorprendió al encontrar la puerta abierta y al entrar a la casa, sintió un extraño presentimiento y se dijo para sí misma: "¡Oh Dios! que incómoda me siento hoy, y otras veces que me ha gustado tanto estar con abuelita." Entonces gritó:

—¡Buenos días! —pero no hubo respuesta, así que fue al dormitorio y abrió las cortinas. Allí parecía estar la abuelita con su gorro cubriéndole toda la cara y con una apariencia muy extraña—. ¡Oh, abuelita! —dijo—, qué orejas tan grandes que tienes.

—Es para oírte mejor, mi niña —fue la respuesta.

—Pero abuelita, qué ojos tan grandes que tienes.

—Son para verte mejor, querida.

—Pero abuelita, qué brazos tan grandes que tienes.

—Para abrazarte mejor.

—Y qué boca tan grande que tienes. —Para comerte mejor.

Y no había terminado de decir lo anterior, cuando de un salto salió de la cama y se tragó también a Caperucita Roja.

Entonces el lobo decidió hacer una siesta y se volvió a tirar en la cama y una vez dormido empezó a roncar fuertemente. Un cazador que por casualidad pasaba en ese momento por allí, escuchó los fuertes ronquidos y pensó, "¡Cómo ronca esa viejita! Voy a ver si necesita alguna ayuda." Entonces ingresó al dormitorio y cuando se acercó a la cama vio al lobo tirado allí.

—¡Así que te encuentro aquí, viejo pecador! —dijo él—¡Hacía tiempo que te buscaba!

Y ya se disponía a disparar su arma contra él, cuando pensó que el lobo podría haber devorado a la viejita y que aún podría ser salvada, por lo que decidió no disparar. En su lugar tomó unas tijeras y empezó a cortar el vientre

del lobo durmiente. En cuanto había hecho dos cortes, vio brillar una gorrita roja, entonces hizo dos cortes más y la pequeña Caperucita Roja salió rapidísimo, gritando:

—¡Qué asustada que estuve, ¿qué oscuro que está ahí dentro del lobo! —y enseguida salió también la abuelita, vivita, pero que casi no podía respirar. Rápidamente, Caperucita Roja trajo muchas piedras con las que llenaron el vientre del lobo. Y cuando el lobo despertó, quiso correr e irse lejos, pero las piedras estaban tan pesadas que no soportó el esfuerzo y cayó muerto.

Las tres personas se sintieron felices. El cazador le quitó la piel al lobo y se la llevó a su casa. La abuelita comió el pastel y bebió el vino que le trajo Caperucita Roja y se reanimó. Pero Caperucita Roja solamente pensó: "Mientras viva, nunca me retiraré del sendero para internarme en el bosque, cosa que mi madre me había ya prohibido hacer."

También se dice que otra vez que Caperucita Roja llevaba pasteles a la abuelita, otro lobo le habló y trató de hacer que se saliera del sendero. Sin embargo, Caperucita Roja ya estaba a la defensiva y siguió directo en su camino. Al llegar, le contó a su abuelita que se había encontrado con otro lobo y que la había saludado con "buenos días", pero con una mirada tan sospechosa, que, si no hubiera sido porque ella estaba en la vía pública, de seguro que se

la hubiera tragado.

—Bueno, —dijo la abuelita— cerraremos bien la puerta, de modo que no pueda ingresar. Luego, al cabo de un rato, llegó el lobo y tocó a la puerta y gritó:

—¡Abre abuelita que soy Caperucita Roja y te traigo unos pasteles!

Pero ellas callaron y no abrieron la puerta, así que aquel hocicón se puso a dar vueltas alrededor de la casa y de último saltó sobre el techo y se sentó a esperar que Caperucita Roja regresara a su casa al atardecer para entonces saltar sobre ella y devorarla en la oscuridad. Pero la abuelita conocía muy bien sus malas intenciones. Al frente de la casa había una gran olla, así que le dijo a la niña:

—Mira Caperucita Roja, ayer hice algunas ricas salsas, por lo que traje con agua la cubeta en las que las cociné y la olla que está afuera.

Y llenaron la gran olla a su máximo, agregando deliciosos condimentos. Y empezaron aquellos deliciosos aromas a llegar a la nariz del lobo y empezó a aspirar y a caminar hacia aquel exquisito olor. Y caminó hasta llegar a la orilla del techo y estiró tanto su cabeza que resbaló y cayó de bruces exactamente en el centro de la olla

hirviente, ahogándose y cocinándose inmediatamente. Y Caperucita Roja retornó segura a su casa y en adelante siempre se cuidó de no caer en las trampas de los que buscan hacer daño.

## *El príncipe Enrique*

En aquellos tiempos, cuando se cumplían todavía los deseos, vivía un rey, cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la más pequeña era más hermosa que el mismo sol, que cuando la veía se admiraba de reflejarse en su rostro. Cerca del palacio del rey había un bosque grande y espeso, y en el bosque, bajo un viejo tilo, había una fuente; cuando hacía mucho calor, iba la hija del rey al bosque y se sentaba a la orilla de la fresca fuente; cuando iba a estar mucho tiempo, llevaba una bola de oro, que tiraba a lo alto y la volvía a coger, siendo este su juego favorito.

Pero sucedió una vez que la bola de oro de la hija del rey no cayó en sus manos, cuando la tiró a lo alto, sino que fue a parar al suelo y de allí rodó al agua. La hija del rey la siguió con los ojos, pero la bola desapareció, y la fuente era muy honda, tan honda que no se veía su fondo. Entonces comenzó a llorar, y lloraba cada vez más alto y no podía consolarse. Y cuando se lamentaba así, le dijo una voz:

—¿Qué tienes, hija del rey, que te lamentas de modo que puedes enternecer a una piedra?

Miró entonces a su alrededor, para ver de dónde salía la voz, y vio una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza:

—¡Ah! ¿Eres tú, vieja azota charcos? —le dijo—; lloro por mi bola de oro, que se me ha caído a la fuente.

—Tranquilízate y no llores —le contestó la rana—; yo puedo sacártela, pero ¿qué me das, si te devuelvo tu juguete?

—Lo que quieras, querida rana —le dijo—; mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas y hasta la corona dorada que llevo puesta.

La rana contestó:

—Tus vestidos, tus perlas y piedras preciosas y tu corona de oro no me sirven de nada; pero si me prometes amarme y tenerme a tu lado como amiga y compañera en tus juegos, sentarme contigo a tu mesa, darme de beber en tu vaso de oro, de comer en tu plato y acostarme en tu cama, yo bajaré al fondo de la fuente y te traeré tu bola de oro.

—¡Ah! —le dijo—; te prometo todo lo que quieras, si me devuelves mi bola de oro.

Pero pensó para sí: «¡Cómo charla esa pobre rana! Porque canta en el agua entre sus iguales, se figura que puede ser compañera de los hombres».

La rana, en cuanto hubo recibido la promesa, hundió su cabeza en el agua, bajó al fondo y un rato después apareció de nuevo, llevando en la boca la bola, que arrojó en la yerba. La hija del rey, llena de alegría en cuanto vio su hermoso juguete, lo cogió y se marchó con él saltando.

—¡Espera, espera! —le gritó la rana—. Llévame contigo; yo no puedo correr como tú.

Pero de poco le sirvió gritar lo más alto que pudo, pues la princesa no le hizo caso, corrió hacia su casa y olvidó muy pronto a la pobre rana, que tuvo que quedarse en su fuente.

Al día siguiente, cuando se sentó a la mesa con el rey y los cortesanos, y cuando comía en su plato de oro, oyó subir una cosa, por la escalera de mármol, que cuando llegó arriba, llamó a la puerta y dijo:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Se levantó la princesa y quiso ver quién estaba fuera; pero, en cuanto abrió, vio a la rana en su presencia. Cerró

la puerta corriendo, se sentó en seguida a la mesa y se puso muy triste. El rey al ver su tristeza le preguntó:

—Hija mía, ¿qué tienes? ¿Hay a la puerta algún gigante y viene a llevarte?

—¡Ah, no! —contestó—; no es ningún gigante, sino una fea rana.

—¿Para qué te quiere la rana?

—¡Ay, amado padre! Cuando estaba yo ayer jugando en el bosque, junto a la fuente, se me cayó al agua mi bola de oro. Y como yo lloraba, fue a buscarla la rana, después de exigirme como promesa, que sería mi compañera; pero nunca creí que pudiera salir del agua. Ahora ha salido ya y quiere entrar.

Entre tanto llamaba por segunda vez diciendo:

—Hija del rey, la más pequeña, ábreme; ¿no sabes lo que me dijiste ayer junto a la fría agua de la fuente? Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Entonces dijo el rey:

—Debes cumplirle lo que le has prometido, ve y ábrele.

Fue y abrió la puerta y entró la rana, yendo siempre junto a sus pies hasta llegar a su silla. Se colocó allí y dijo:

—Ponme encima de ti.

La niña vaciló hasta que la mandó el rey. Pero cuando la rana estuvo ya en la silla:

—Quiero subir encima de la mesa —y así que la puso allí, dijo—: Ahora acércame tu plato dorado, para que podamos comer juntas.

Hízolo en seguida; pero se vio bien que no lo hacía de buena gana. La rana comió mucho, pero dejaba casi la mitad de cada bocado. Al fin dijo:

—Estoy harta y cansada, llévame a tu cuartito y échame en tu cama y dormiremos juntas.

La hija del rey comenzó a llorar y receló que no podría descansar junto a la fría rana, que quería dormir en su hermoso y limpio lecho. Pero el rey se incomodó y dijo:

—No debes despreciar al que te ayudó cuando te hallabas en la necesidad.

Entonces la cogió con sus dos dedos, la llevó y la puso en un rincón. Pero en cuanto estuvo en la cama, se acercó

la rana arrastrando y le dijo:

—Estoy cansada, quiero dormir tan bien como tú; súbeme, o se lo digo a tu padre.

La princesa se incomodó entonces mucho, la cogió y la tiró contra la pared con todas sus fuerzas. —Ahora descansarás, rana asquerosa.

Pero cuando cayó al suelo la rana se convirtió en el hijo de un rey con ojos hermosos y amables, que fue desde entonces, por la voluntad de su padre, su querido compañero y esposo y le refirió que había sido encantado por una mala hechicera y que nadie podía sacarle de la fuente más que ella sola y que al día siguiente se marcharían a su país.

Entonces durmieron hasta el otro día y en cuanto salió el sol se metieron en un coche tirado por siete caballos blancos que llevaban plumas blancas en la cabeza y tenían por riendas cadenas de oro; detrás iba el criado del joven rey, que era el fiel Enrique. El fiel Enrique se afligió tanto cuando su señor fue convertido en rana, que se había puesto tres varillas de hierro encima del corazón para que no estallara del dolor y la tristeza. Pero el joven rey debía hacer el viaje en su coche: el fiel Enrique subió después de ambos, se colocó detrás de ellos e iba lleno

de alegría por la libertad de su amo. Y cuando hubieron andado un poco del camino oyó el hijo del rey una cosa que sonaba detrás, como si se rompiera algo. Entonces se volvió y dijo:

—¿Enrique, se ha roto el coche?

—No, no es el coche lo que falla, es una varilla de mi corazón, la cual fue puesta ahí cuando usted fue convertido en rana y lo encarcelaron a vivir en el pozo.

Todavía volvió a sonar otra vez y otra vez en el camino y el hijo del rey creía siempre que se rompía el coche, y eran las varillas que saltaban del corazón del fiel Enrique porque su señor era libre y feliz.

*La reina de las abejas*

Allá en aquellos tiempos hubo un rey que tenía dos hijos, que se fueron en busca de aventuras, lanzándose a todos los excesos de la disipación, por lo que no volvían a su casa paterna. Fue a buscarlos su hermano menor, al que llamaban el Simple, pero cuando los encontró comenzaron a burlarse de él, porque en su sencillez pretendía saber dirigirse en un mundo donde se habían perdido ellos dos, ellos dos que tenían mucho más talento que él.

Habiéndose puesto en camino juntos encontraron un hormiguero. Los dos hermanos mayores querían llenarle de tierra para divertirse viendo la ansiedad de las hormigas que correrían por todas partes cargadas con sus huevos; pero su hermano el Simple les dijo:

—Dejad en paz a esos animales; no consentiré que les hagáis daño.

Poco después encontraron un lago en el que nadaban no sé cuántos patos. Los dos mayores querían coger un par de ellos para mandarlos asar, pero el menor se opuso diciendo:

—Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los mate nadie.

Mucho más allá todavía distinguieron en un árbol una colmena tan llena de miel que corría por el tronco abajo. Los dos mayores querían prender fuego al árbol para ahumar a las abejas y apoderarse de la miel; pero su hermano el Simple los contuvo, diciéndoles:

—Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los queméis.

Los tres hermanos llegaron por último a un castillo cuyas caballerizas estaban llenas de caballos convertidos en piedras, y en las que no se veía a nadie. Atravesaron todas las salas y llegaron al fin delante de una puerta cerrada con tres cerraduras. En medio de la puerta había un pequeño postigo por el que se veía una habitación; desde él distinguieron a un hombre de poca estatura y cabellos grises que estaba sentado delante de una mesa. Llamaron una y dos veces sin que les oyera en apariencia; a la tercera se levantó, abrió la puerta y se adelantó hacia ellos; después, sin pronunciar ni una palabra, los condujo a una mesa que estaba llena de toda clase de manjares, y en cuanto hubieron comido y bebido, llevó a cada uno a una alcoba diferente.

Por la mañana se presentó el anciano al mayor de los hermanos y mandándole por señas que le siguiera, le condujo delante de una mesa de piedra, en la que estaban escritas las tres pruebas que era necesario hacer para desencantar el castillo. Consistía la primera en buscar en el musgo, en medio de los bosques, las mil perlas de la princesa que estaban allí sembradas; y si el que las buscaba no las había encontrado todas antes de ponerse el sol sería convertido en piedra. El hermano mayor pasó todo el día buscando las perlas; pero, cuando llegó la noche, apenas había encontrado cien, y fue convertido en piedra como estaba escrito en la mesa. El segundo hermano acometió la aventura al día siguiente, pero no fue más afortunado que su hermano mayor; apenas encontró doscientas perlas y fue convertido en piedra.

Llegó por último el tercero, que era el Simple. Comenzó a buscar las perlas en el musgo; pero como esto era muy difícil y muy largo, se sentó en una piedra y se puso, a llorar. Hallábase en esta situación, cuando el rey de las hormigas a quien había salvado la vida llegó con cinco mil de sus súbditos, y estos pequeños animales no necesitaron más que un instante para encontrar todas las perlas y reunirlas en un montón.

La segunda prueba consistía en sacar la llave del dormitorio de la princesa, que estaba en el fondo del

lago. Cuando se acercó el joven, los patos, a quienes había salvado, salieron a su encuentro, se sumergieron en el agua y le llevaron la llave.

Pero la tercera prueba era la más difícil; consistía en saber cuál era la más joven y la más hermosa de las tres princesas dormidas. Las tres se parecían completamente y la única cosa que las distinguía era que antes de dormirse la mayor había comido un terrón de azúcar, mientras que la segunda había bebido un sorbo de almíbar, y la tercera había tomado una cucharada de miel. Pero la reina de las abejas, a quien había salvado el joven del fuego, vino en su socorro; fue a oler la boca de las tres princesas, y se quedó parada en los labios de la que había comido la miel; el príncipe la reconoció así. Entonces se deshizo el encanto, salió el castillo de su sueño mágico, y todos los que se hallaban convertidos en piedra tomaron la forma humana. El supuesto Simple se casó con la más joven y más hermosa de las princesas, y fue rey después de la muerte de su padre. En cuanto a sus dos hermanos, se casaron con las otras dos hermanas.

## *Blanca Nieves*

Era un crudo día de invierno, y los copos de nieve caían del cielo como blancas plumas. La Reina cosía junto a una ventana, cuyo marco era de ébano. Y como mientras cosía miraba caer los copos, con la aguja se pinchó un dedo, y tres gotas de sangre fueron a caer sobre la nieve. El rojo de la sangre se destacaba bellamente sobre el fondo blanco, y ella pensó: "¡Ah, si pudiere tener una hija que fuere blanca como nieve, roja como la sangre y negra como el ébano de esta ventana!". No mucho tiempo después le nació una niña que era blanca como la nieve, sonrosada como la sangre y de cabello negro como la madera de ébano; y por eso le pusieron por nombre Blancanieves. Pero al nacer ella, murió la Reina.

Un año más tarde, el Rey volvió a casarse. La nueva Reina era muy bella, pero orgullosa y altanera, y no podía sufrir que nadie la aventajase en hermosura. Tenía un espejo prodigioso, y cada vez que se miraba en él, le preguntaba:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —y el espejo le contestaba, invariablemente:

—Señora Reina, eres la más hermosa en todo el país.

La Reina quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía siempre la verdad. Blancanieves fue creciendo y se hacía más bella cada día. Cuando cumplió los siete años, era tan hermosa como la luz del día y mucho más que la misma Reina. Al preguntar ésta un día al espejo:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —respondió el espejo: —Señora Reina, tú eres como una estrella, pero Blancanieves es mil veces más bella.

Se espantó la Reina, palideciendo de envidia y, desde entonces, cada vez que veía a Blancanieves sentía que se le revolvía el corazón; tal era el odio que abrigaba contra ella. Y la envidia y la soberbia, como las malas hierbas, crecían cada vez más altas en su alma, no dejándole un instante de reposo, de día ni de noche.

Finalmente, llamó un día a un servidor y le dijo:

—Llévate a la niña al bosque; no quiero tenerla más tiempo ante mis ojos. La matarás, y en prueba de haber cumplido mi orden, me traerás sus pulmones y su hígado.

Obedeció el cazador y se marchó al bosque con la muchacha. Pero cuando se disponía a clavar su cuchillo

de monte en el inocente corazón de la niña, se echó ésta a llorar:

—¡Piedad, buen cazador, déjame vivir! —suplicaba—. Me quedaré en el bosque y jamás volveré al palacio.

Y era tan hermosa, que el cazador, apiadándose de ella, le dijo: —¡Márchate entonces, pobrecilla!

Y pensó: “No tardarán las fieras en devorarte”.

Sin embargo, le pareció como si se le quitase una piedra del corazón por no tener que matarla. Y como acertara a pasar por allí un cachorro de jabalí, lo degolló, le sacó los pulmones y el hígado, y se los llevó a la Reina como prueba de haber cumplido su mandato. La perversa mujer los entregó al cocinero para que se los guisara, y se los comió convencida de que comía la carne de Blancanieves.

La pobre niña se encontró sola y abandonada en el inmenso bosque. Se moría de miedo, y el menor movimiento de las hojas de los árboles le daba un sobresalto. No sabiendo qué hacer, echó a correr por entre espinos y piedras puntiagudas, y los animales de la selva pasaban saltando por su lado sin causarle el menor daño. Siguió corriendo mientras la llevaron los pies y

hasta que se ocultó el sol. Entonces vio una casita y entró en ella para descansar.

Todo era diminuto en la casita, pero tan primoroso y limpio, que no hay palabras para describirlo. Había una mesita cubierta con un mantel blanquísimo, con siete minúsculos platitos y siete vasitos; y al lado de cada platito había su cucharilla, su cuchillito y su tenedorcito. Alineadas junto a la pared se veían siete camitas, con sábanas de inmaculada blancura.

Blancanieves, como estaba muy hambrienta, comió un poquito de legumbres y un bocadito de pan de cada plato, y bebió una gota de vino de cada copita, pues no quería tomarlo todo de uno solo. Luego, sintiéndose muy cansada, quiso echarse en una de las camitas; pero ninguna era de su medida: resultaba demasiado larga o demasiado corta; hasta que, por fin, la séptima le vino bien; se acostó en ella, se encomendó a Dios y se quedó dormida.

Cerrada ya la noche, llegaron los dueños de la casita, que eran siete enanos que se dedicaban a excavar minerales en el monte. Encendieron sus siete lamparillas y, al iluminarse la habitación, vieron que alguien había entrado, pues las cosas no estaban en el orden en que ellos las habían dejado al marcharse.

Dijo el primero:

—¿Quién se sentó en mi sillita?

El segundo:

—¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

—¿Quién ha cortado un poco de mi pan?

El cuarto:

—¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

Y el séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Luego, el primero, recorrió la habitación y viendo un pequeño hueco en su cama, exclamó alarmado:

—¿Quién se ha subido en mi camita?

Acudieron corriendo los demás y exclamaron todos:

—¡Alguien estuvo echado en la mía!

Pero el séptimo, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves, dormida en ella. Llamó entonces a los demás, los cuales acudieron presurosos y no pudieron reprimir sus exclamaciones de admiración cuando, acercando las siete lamparillas, vieron a la niña.

—¡Oh, Dios mío; oh, Dios mío! —decían—, ¡qué criatura más hermosa!

Y fue tal su alegría, que decidieron no despertarla, sino dejar que siguiera durmiendo en la camita. El séptimo enano se acostó junto a sus compañeros, una hora con cada uno, y así transcurrió la noche. Al clarear el día se despertó Blancanieves y, al ver a los siete enanos, tuvo un sobresalto. Pero ellos la saludaron afablemente y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Y cómo llegaste a nuestra casa? —siguieron preguntando los hombrecillos. Entonces ella les contó que su madrastra había dado orden de matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida, y ella había estado corriendo todo el día, hasta que, al atardecer, encontró la casita.

Luego, el primero, recorrió la habitación y viendo un pequeño hueco en su cama, exclamó alarmado:

—¿Quién se ha subido en mi camita?

Acudieron corriendo los demás y exclamaron todos:

—¡Alguien estuvo echado en la mía!

Pero el séptimo, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves, dormida en ella. Llamó entonces a los demás, los cuales acudieron presurosos y no pudieron reprimir sus exclamaciones de admiración cuando, acercando las siete lamparillas, vieron a la niña.

—¡Oh, Dios mío; oh, Dios mío! —decían—, ¡qué criatura más hermosa!

Y fue tal su alegría, que decidieron no despertarla, sino dejar que siguiera durmiendo en la camita. El séptimo enano se acostó junto a sus compañeros, una hora con cada uno, y así transcurrió la noche. Al clarear el día se despertó Blancanieves y, al ver a los siete enanos, tuvo un sobresalto. Pero ellos la saludaron afablemente y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Y cómo llegaste a nuestra casa? —siguieron preguntando los hombrecillos. Entonces ella les contó que su madrastra había dado orden de matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida, y ella había estado corriendo todo el día, hasta que, al atardecer, encontró la casita.

Dijeron los enanos:

—¿Quieres cuidar de nuestra casa? ¿Cocinar, hacer las camas, lavar, remendar la ropa y mantenerlo todo ordenado y limpio? Si es así, puedes quedarte con nosotros y nada te faltará.

—¡Sí! —exclamó Blancanieves—. Con mucho gusto —y se quedó con ellos.

A partir de entonces, cuidaba la casa con todo esmero. Por la mañana, ellos salían a la montaña en busca de mineral y oro, y al regresar, por la tarde, encontraban la comida preparada. Durante el día, la niña se quedaba sola, y los buenos enanitos le advirtieron:

—Guárdate de tu madrastra, que no tardará en saber que estás aquí. ¡No dejes entrar a nadie!

La Reina, entretanto, desde que creía haberse comido los pulmones y el hígado de Blancanieves, vivía segura de volver a ser la primera en belleza. Se acercó un día al espejo y le preguntó:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —y respondió el espejo:

—Señora Reina, eres aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.

La Reina se sobresaltó, pues sabía que el espejo jamás mentía, y se dio cuenta de que el cazador la había

engañado, y que Blancanieves no estaba muerta. Pensó entonces en otra manera de deshacerse de ella, pues mientras hubiese en el país alguien que la superase en belleza, la envidia no la dejaría reposar. Finalmente, ideó un medio. Se tiznó la cara y se vistió como una vieja buhonera, quedando completamente desconocida.

Así disfrazada se dirigió a las siete montañas y, llamando a la puerta de los siete enanitos, gritó:

—¡Vendo cosas buenas y bonitas!

Se asomó Blancanieves a la ventana y le dijo:

—¡Buenos días, buena mujer! ¿Qué traes para vender?

—Cosas finas, cosas finas —respondió la Reina—. Lazos de todos los colores —y sacó uno trenzado de seda multicolor.

"Bien puedo dejar entrar a esta pobre mujer", pensó Blancanieves y, abriendo la puerta, compró el primoroso lacito.

—¡Qué linda eres, niña! —exclamó la vieja—. Ven, que yo misma te pondré el lazo.

Blancanieves, sin sospechar nada, se puso delante de la vendedora para que le atase la cinta alrededor del cuello, pero la bruja lo hizo tan bruscamente y apretando tanto, que a la niña se le cortó la respiración y cayó como muerta.

—¡Ahora ya no eres la más hermosa! —dijo la madrastra y se alejó precipitadamente.

Al cabo de poco rato, ya anochecido, regresaron los siete enanos. Imagínense su susto cuando vieron tendida en el suelo a su querida Blancanieves, sin moverse, como muerta. Corrieron a incorporarla y viendo que el lazo le apretaba el cuello, se apresuraron a cortarlo. La niña comenzó a respirar levemente, y poco a poco fue volviendo en sí. Al oír los enanos lo que había sucedido, le dijeron:

—La vieja vendedora no era otra que la malvada Reina. Guárdate muy bien de dejar entrar a nadie, mientras nosotros estemos ausentes.

La mala mujer, al llegar a palacio, corrió ante el espejo y le preguntó:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —y respondió el espejo, como

la vez anterior:

—Señora Reina, eres aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.

Al oírlo, del despecho, toda la sangre le afluyó al corazón, pues supo que Blancanieves continuaba viviendo. "Esta vez —se dijo— idearé una trampa de la que no te escaparás", y valiéndose de las artes diabólicas en que era maestra, fabricó un peine envenenado. Luego volvió a disfrazarse, adoptando también la figura de una vieja, y se fue a las montañas y llamó a la puerta de los siete enanos.

—¡Buena mercancía para vender! —gritó. Blancanieves, asomándose a la ventana, le dijo: —Sigue tu camino, que no puedo abrirle a nadie.

—¡Al menos podrás mirar lo que traigo! —respondió la vieja y, sacando el peine, lo levantó en el aire. Pero le gustó tanto el peine a la niña que, olvidándose de todas las advertencias, abrió la puerta.

Cuando se pusieron de acuerdo sobre el precio dijo la vieja: —Ven que te peinaré como Dios manda.

La pobrecilla, no pensando nada malo, dejó hacer

a la vieja; mas apenas hubo ésta clavado el peine en el cabello, el veneno produjo su efecto y la niña se desplomó insensible.

—¡Dechado de belleza —exclamó la malvada bruja—, ahora sí que estás lista! —y se marchó.

Pero, afortunadamente, faltaba poco para la noche, y los enanitos no tardaron en regresar. Al encontrar a Blancanieves inanimada en el suelo, enseguida sospecharon de la madrastra y, buscando, descubrieron el peine envenenado. Se lo quitaron rápidamente y, al momento, volvió la niña en sí y les explicó lo ocurrido. Ellos le advirtieron de nuevo que debía estar alerta y no abrir la puerta a nadie.

La Reina, de regreso en palacio, fue directamente a su espejo:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —y como las veces anteriores, respondió el espejo, al fin:

—Señora Reina, eres aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.

Al oír estas palabras del espejo, la malvada bruja se puso a temblar de rabia.

—¡Blancanieves morirá —gritó—, aunque me haya de costar a mí la vida!

Y, bajando a una cámara secreta donde nadie tenía acceso sino ella, preparó una manzana con un veneno de lo más virulento. Por fuera era preciosa, blanca y sonrosada, capaz de hacer la boca agua a cualquiera que la viese. Pero un solo bocado significaba la muerte segura. Cuando tuvo preparada la manzana, se pintó nuevamente la cara, se vistió de campesina y se encaminó a las siete montañas, a la casa de los siete enanos. Llamó a la puerta. Blancanieves asomó la cabeza a la ventana y dijo:

—No debo abrir a nadie; los siete enanitos me lo han prohibido.

—Como quieras —respondió la campesina—. Pero yo quiero deshacerme de mis manzanas. Mira, te regalo una.

—No —contestó la niña—, no puedo aceptar nada.

—¿Temes acaso que te envenene? —dijo la vieja—. Fíjate, corto la manzana en dos mitades: tú te comes la parte roja, y yo la blanca.

La fruta estaba preparada de modo que *solo* el lado encarnado tenía veneno. Blancanieves miraba la fruta con ojos codiciosos, y cuando vio que la campesina la comía, ya no pudo resistir. Alargó la mano y tomó la mitad envenenada. Pero no bien se hubo metido en la boca el primer trocito, cayó en el suelo, muerta. La Reina la contempló con una mirada de rencor, y, echándose a reír, dijo:

—¡Blanca como la nieve; roja como la sangre; negra como el ébano! Esta vez, no te resucitarán los enanos.

Y cuando, al llegar a palacio, preguntó al espejo:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —le respondió el espejo, al fin:

—Señora Reina, eres la más hermosa en todo el país.

*Solo* entonces se aquietó su envidioso corazón, suponiendo que un corazón envidioso pudiera aquietarse.

Los enanitos, al volver a su casa aquella noche,

encontraron a Blancanieves tendida en el suelo, sin que de sus labios saliera el hálito más leve. Estaba muerta. La levantaron, miraron si tenía encima algún objeto emponzoñado, la desabrocharon, le peinaron el pelo, la lavaron con agua y vino, perotodo fue inútil. La pobre niña estaba muerta y bien muerta. La colocaron en un ataúd, y los siete, sentándose alrededor, la estuvieron llorando por espacio de tres días. Luego pensaron en darle sepultura; pero viendo que el cuerpo se conservaba lozano, como el de una persona viva, y que sus mejillas seguían sonrosadas, dijeron:

—No podemos enterrarla en el seno de la negra tierra —y mandaron fabricar una caja de cristal transparente que permitiese verla desde todos los lados. La colocaron en ella y grabaron su nombre con letras de oro: "Princesa Blancanieves". Después transportaron el ataúd a la cumbre de la montaña, y uno de ellos, por turno, estaba siempre allí velándola. Y hasta los animales acudieron a llorar a Blancanieves: primero, una lechuza; luego, un cuervo y, finalmente, una palomita.

Y así estuvo Blancanieves mucho tiempo, reposando en su ataúd, sin descomponerse, como dormida, pues seguía siendo blanca como la nieve, roja como la sangre y con el cabello negro como ébano. Sucedió, entonces, que un príncipe que se había metido en el bosque se

dirigió a la casa de los enanitos, para pasar la noche. Vio en la montaña el ataúd que contenía a la hermosa Blancanieves y leyó la inscripción grabada con letras de oro. Dijo entonces a los enanos:

—Denme el ataúd, pagaré por él lo que me pidan. Pero los enanos contestaron:

—Ni por todo el oro del mundo lo venderíamos.

— En tal caso, regálenmelo —propuso el príncipe—, pues ya no podré vivir sin ver a Blancanieves. La honraré y reverenciaré como a lo que más quiero.

Al oír estas palabras, los hombrecillos sintieron compasión del príncipe y le regalaron el féretro. El príncipe mandó que sus criados lo transportasen en hombros. Pero ocurrió que en el camino tropezaron contra una mata, y de la sacudida saltó de la garganta de Blancanieves el bocado de la manzana envenenada, que todavía tenía atragantado. Y, al poco rato, la princesa abrió los ojos y recobró la vida.

Levantó la tapa del ataúd, se incorporó y dijo:

—¡Dios Santo!, ¿dónde estoy?

Y el príncipe le respondió, loco de alegría:

—Estás conmigo —y después de explicarle todo lo ocurrido, le dijo:

—Te quiero más que a nadie en el mundo. Ven al castillo de mi padre y serás mi esposa.

Accedió Blancanieves y se marchó con él al palacio, donde enseguida se dispuso la boda, que debía celebrarse con gran magnificencia y esplendor.

A la fiesta fue invitada también la malvada madrastra de Blancanieves. Una vez que se hubo ataviado con sus vestidos más lujosos, fue al espejo y le preguntó:

—Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? —y respondió el espejo: —Señora Reina, eres aquí como una estrella, pero la reina joven es mil veces más bella.

La malvada mujer soltó una palabrota y tuvo tal sobresalto, que quedó como fuera de sí. Su primer propósito fue no ir a la boda. Pero la inquietud la roía, y no pudo resistir al deseo de ver a aquella joven reina. Al entrar en el salón reconoció a Blancanieves y fue tal su espanto y pasmo, que se quedó clavada en el suelo sin poder moverse. Pero habían puesto ya al fuego unas

zapatillas de hierro y estaban incandescentes. Tomándolas con tenazas, la obligaron a ponérselas, y hubo de bailar con ellas hasta que cayó muerta.

# *El agua de la vida*

Hubo una vez un rey que enfermó gravemente. No había nada que le aliviara ni calmara su dolor. Después de mucho deliberar, los sabios decidieron que *solo* podría curarle el agua de la vida, tan difícil de encontrar que no se conocía a nadie que lo hubiera logrado. Este rey tenía tres hijos, el mayor de los cuales decidió partir en busca de la exótica medicina.

"Sin duda, si logro que mejore, mi padre me premiará generosamente" —pensaba, pues le importaba más el oro que la salud de su padre.

En su camino encontró a un pequeño hombrecillo que le preguntó su destino.

—¿Qué ha de importarte eso a ti? ¡Enano! Déjame seguir mi camino.

El duende, ofendido por el maleducado príncipe, utilizó sus poderes para desviarle hacia una garganta en las montañas, que cada vez se estrechaba más, hasta que ni el caballo pudo dar la vuelta y allí quedó atrapado. Viendo que su hermano no volvía, el mediano decidió ir en busca de la medicina para su padre: "Toda la

recompensa será para mí." —pensaba ambiciosamente.

No llevaba mucho recorrido, cuando el duende se le apareció preguntando a dónde iba: —¡Qué te importará a ti! Aparta de mi camino. ¡Enano!

El duende se hizo a un lado, no sin antes maldecirle para que acabara en la misma trampa que el mayor, atrapado en un paso de las montañas que cada vez se hizo más estrecho, hasta que caballo y jinete quedaron inmovilizados. Al pasar los días y no tener noticias, el menor de los hijos del rey decidió ir en busca de sus hermanos y el agua milagrosa para sanar a su padre.

Cabalgando, encontró al hombrecillo que también a él le preguntó su destino:

—Mi padre está muy enfermo, busco el agua de la vida, que es la única cura para él.

—¿Sabes ya a dónde debes dirigirte para encontrarla? —volvió a preguntar el enano. —Aún no, ¿me podrías ayudar, duendecillo?

Has resultado ser amable y humilde y mereces mi favor. Toma esta varilla y estos dos panes y dirígete hacia el castillo encantado. Toca la cancela tres veces con la

vara y arroja un pan a cada una de las dos bestias que intentarán comerte. Busca entonces la fuente del agua de la vida tan rápido como puedas, pues si dan las doce y sigues en el interior del castillo, ya nunca más podrás salir —añadió el enanito.

A lomos de su caballo, pasados varios días, llegó el príncipe al castillo encantado. Tocó tres veces la cancela con la vara mágica, amansó a las bestias con los panes y llegó a una estancia donde había una preciosa muchacha:

—¡Por fin se ha roto el hechizo! En agradecimiento, me casaré contigo si vuelves dentro de un año.

Contento por el ofrecimiento, el muchacho buscó rápidamente la fuente de la que manaba el agua de la vida. Llenó un frasco con ella y salió del castillo antes de las doce. De vuelta a palacio, se encontró de nuevo con el duende, a quien relató su experiencia y pidió:

—Mis hermanos partieron hace tiempo y no les he vuelto a ver. ¿No sabrías dónde puedo encontrarles?

—Están atrapados por la avaricia y el egoísmo, pero tu bondad les hará libres. Vuelve a casa y por el camino los encontrarás. Pero ¡cuídate de ellos!

Tal como había anunciado el duende, el menor encontró a sus dos hermanos antes de llegar al castillo del rey. Los tres fueron a ver a su padre, quien después de tomar el agua de la vida se recuperó por completo. Incluso pareció rejuvenecer. El menor de los hermanos le relató entonces su compromiso con la princesa y su padre orgulloso, le dio su más sincera bendición para la boda. Así pues, cerca de la fecha pactada, el menor de los príncipes se dispuso a partir en busca de su amada.

Ésta, esperando ansiosa en el castillo, ordenó extender una carretera de oro, desde su palacio hasta el camino, para dar la bienvenida a su futuro esposo:

—Dejad pasar a aquel que venga por el centro de la carretera, —dijo a los guardianes— cualquier otro será un impostor, advirtió. Y marchó a hacer los preparativos. Efectivamente, los dos hermanos mayores, envidiosos, tramaron por separado llegar antes que él y presentarse a la princesa como sus libertadores:

"Suplantaré a mi hermano y desposaré a la princesa" —pensaba cada uno de ellos.

El primero en llegar fue el hermano mayor, que al ver la carretera de oro pensó que la estropearía si la pisaba y dando un rodeo se presentó a los guardas de la puerta por

la derecha como el rescatador de la princesa. Mas éstos, obedientes le negaron el paso. El hermano mediano llegó después, pero apartó al caballo de la carretera por miedo a estropearla y tomó el camino de la izquierda hasta los guardias, que tampoco le dejaron entrar.

Por último, llegó el hermano menor, que ni siquiera notó cuando el caballo comenzó a caminar por la carretera de oro, pues iba tan absorto en sus pensamientos sobre la princesa que se podría decir que flotaba. Al llegar a la puerta, le abrieron enseguida y allí estaba la princesa esperándole con los brazos abiertos, llena de alegría y reconociéndole como su salvador. Los esponsales duraron varios días y trajeron mucha felicidad a la pareja, que invitó también al padre, que nunca volvió a enfermar.

## *Hansel y Gretel*

Érase una vez un leñador muy pobre que tenía dos hijos: un niño llamado Hansel y una niña llamada Gretel, y que había contraído nuevamente matrimonio después de que la madre de los niños falleciera. El leñador quería mucho a sus hijos pero un día una terrible hambruna asoló la región. Casi no tenían ya que comer y una noche la malvada esposa del leñador le dijo:

—No podremos sobrevivir los cuatro otros inviernos. Deberemos tomar mañana a los niños y llevarlos a la parte más profunda del bosque cuando salgamos a trabajar. Les daremos un pedazo de pan a cada uno y luego los dejaremos allí para que ya no encuentren su camino de regreso a casa.

El leñador se negó a esta idea porque amaba a sus hijos y sabía que si los dejaba en el bosque morirían de hambre o devorados por las fieras, pero su esposa le dijo:

—Tonto, ¿no te das cuenta que, si no dejas a los niños en el bosque, entonces los cuatro moriremos de hambre?

Y tanto insistió la malvada mujer, que finalmente convenció a su marido de abandonar a los niños en

el bosque. Afortunadamente los niños estaban aún despiertos y escucharon todo lo que planearon sus padres.

—Gretel —dijo Hansel a su hermana— no te preocupes que ya tengo la solución.

A la mañana siguiente todo ocurrió como se había planeado. La mujer levantó a los pequeños muy temprano, les dio un pedazo de pan a cada uno y los cuatro emprendieron la marcha hacia el bosque. Lo que el leñador y su mujer no sabían era que, durante la noche, Hansel había salido al jardín para llenar sus bolsillos de guijarros blancos, y ahora, mientras caminaban, lenta y sigilosamente fue dejando caer guijarro tras guijarro formando un camino que evitaría que se perdieran dentro del bosque. Cuando llegaron a la parte más boscosa, encendieron un fuego, sentaron a los niños en un árbol caído y les dijeron:

—Aguarden aquí hasta que terminemos de trabajar.

Por largas horas los niños esperaron hasta que se hizo de noche, ellos permanecieron juntos al fuego, tranquilos porque oían a lo lejos un CLAP—CLAP, que supusieron sería el hacha de su padre trabajando todavía. Pero ignoraban que su madrastra había atado una rama

a un árbol para que hiciera ese ruido al ser movida por el viento. Cuando la noche se hizo más oscura Gretel decidió que era tiempo de volver, pero Hansel le dijo que debían esperar que saliera la luna y así lo hicieron, cuando la luna iluminó los guijarros blancos dejados por Hansel fue como si hubiera delante de ellos un camino de plata.

A la mañana siguiente los dos niños golpearon la puerta de su padre:

—¡Hemos llegado! —gritaron los niños, la madrastra estaba furiosa, pero el leñador se alegró inmensamente, porque lamentaba mucho lo que había hecho.

Vivieron nuevamente los cuatro juntos un tiempo más, pero a los pocos días, una hambruna aún más terrible que la anterior volvió a devastar la región. El leñador no quería separarse de sus hijos pero una vez más su esposa lo convenció de que era la única solución. Los niños oyeron esto una segunda vez, pero esta vez Hansel no pudo salir a recoger los guijarros porque su madrastra había cerrado con llave la puerta para que los niños no se pudieran escapar.

—No importa —le dijo Hansel a Gretel— no te preocupes, que algo se me ocurrirá mañana.

Aún no había salido el sol cuando los cuatros dejaron la casa, Hansel fue dejando caer a lo largo del camino, las miguitas del pan que le había dado antes de partir la malvada madrastra. Nuevamente los dejaron junto al fuego, en lo profundo del bosque y esperaron mucho tiempo allí sentados, cuando estaba oscureciendo quisieron volver a casa. ¡Oh!, que gran sorpresa se llevaron los niños cuando comprobaron que todas las miguitas dejadas por Hansel se las habían comido las aves del bosque y no quedaba ni una solita.

Solos, con mucha hambre y llenos de miedo, los dos niños se encontraron en un bosque espeso y oscuro del que no podían hallar la salida. Vagaron durante muchas horas hasta que, por fin, encontraron un claro donde sus ojos descubrieron la maravilla más grande que jamás hubiesen podido imaginar: ¡una casita hecha de dulces! Los techos eran de chocolate, las paredes de mazapán, las ventanas de caramelo, las puertas de turrón, el camino de confites.

—¡Un verdadero manjar! —dijo Hansel quien corrió hacia la casita diciendo a su hermana—: ¡Ven Gretel, yo comeré del techo y tu podrás comerte las ventanas!

Y así diciendo y corriendo, los niños se abalanzaron sobre la casa y comenzaron a devorarla sin notar que,

sigilosamente salía a su encuentro una malvada bruja que inmediatamente los llamó y los invitó a seguir.

—Veo que querían comer mi casa —dijo la bruja—. Pues ahora ¡yo los voy a comer a ustedes! —y los tomó prisioneros. Y así diciendo los examinó—: Tu, la niña —dijo mirando a Gretel— me servirás para ayudarme mientras engordamos al otro que está muy flacucho y así no me lo puedo comer, pues solo lamería los huesos.

Y sin prestar atención a las lágrimas de los niños tomó a Hansel y lo metió en un diminuto cuarto esperando el día en que estuviese lo suficientemente gordo para comérselo. Una noche, mientras la bruja dormía los niños empezaron a crear un plan.

—Como la bruja es muy corta de vista —dijo Gretel— cuando ella te pida que le muestres uno de tus dedos para sentir si ya estas rellenito, tú lo que vas a sacar por entre los barrotes de la jaula es este huesito de pollo, de forma tal que la bruja sienta lo huesudo de tu mano y decida esperar un tiempo más —y ambos estuvieron de acuerdo con la idea. Sin embargo, y como era de esperarse, esa situación no podía durar por siempre, y un mal día la bruja vociferó:

—Ya estoy cansada de esperar que este niño engorde. Come y come todo el día y sigue flaco como el día que llegó.

Entonces encendió un gigantesco horno y le gritó a Gretel:

—Métete dentro para ver si ya está caliente —pero la niña, que sabía que en realidad lo que la bruja quería era atraparla dentro para comérsela también, le replicó:

—No sé cómo hacerlo.

—Quítate —gritó la bruja, moviendo los brazos de lado a lado y lanzando maldiciones a diestra y siniestra—, estoy fastidiada —le dijo—: Si serás tonta. Es lo más fácil del mundo, te mostraré cómo hacerlo.

Y se metió dentro del horno. Gretel, sin dudar un momento, cerró la pesada puerta y dejó allí atrapada a la malvada bruja que, dando grandes gritos pedía que la sacaran de aquel gran horno, fue así como ese día la bruja murió quemada en su propia trampa. Gretel corrió entonces junto a su hermano y lo liberó de su prisión.

Entonces los niños vieron que en la casa de la bruja había grandes bolsas con montones de piedras preciosas

y perlas. Así que llenaron sus bolsillos lo más que pudieron y a toda prisa dejaron aquel bosque encantado. Caminaron y caminaron sin descansar y finalmente dieron con la casa de su padre quien al verlos llegar se llenó de júbilo porque desde que los había abandonado no había pasado un solo día sin que lamentase su decisión. Los niños corrieron a abrazarlo y una vez que se hubieron reencontrado, les contó que la malvada esposa había muerto y que nunca más volvería a lastimarlos, los niños entonces recordaron y vaciaron sus bolsillos ante los incrédulos ojos de su padre que nunca más debió padecer necesidad alguna.

# *La liebre y el erizo*

Esta historia, niños, va a pareceros una mentira y sin embargo es verdadera, pues mi abuelo de quien la sé no dejaba nunca, cuando me la refería, de añadir:

—Debe sin embargo ser verdadera, pues, si no, no la contaría nadie. He aquí la historia tal como ha pasado.

Era una hermosa mañana de verano, durante el tiempo de la siega, precisamente cuando el alforfón, trigo negro está en flor. El sol brillaba en el cielo, el aire de la mañana ponía en movimiento los trigos, las alondras cantaban volando, las abejas zumbaban en el alforfón, las personas iban a la iglesia con el vestido de domingo y todo el mundo se alegraba y también el erizo.

El erizo estaba delante de su puerta, tenía los brazos cruzados, miraba pasar el tiempo y cantaba un cantarcillo, ni más ni menos que como lo canta un erizo en una hermosa mañana de domingo.

Mientras cantaba así, a media voz, se le ocurrió, muy osadamente en verdad, mientras su mujer lavaba y vestía a sus hijuelos, dar algunos paseos por la llanura e ir a ver cómo crecían los nabos. Los nabos se hallaban cerca de

su casa, tenía la costumbre de comerlos con su familia y los cogía como si fueran suyos. Dicho y hecho.

El erizo cerró la puerta detrás de sí y se puso en camino. Apenas se hallaba fuera de la casa e iba precisamente a pasar por delante de una zarza, que se hallaba junto al campo donde crecen los nabos, cuando encontró a la liebre que había salido con una intención semejante, para ir a visitar sus berzas.

Así que el erizo vio a la liebre, pensó jugarle una buena treta y le dio los buenos días con mucha política; pero la liebre que era un personaje muy grande a su manera y de un carácter orgulloso, no devolvió el saludo, sino que dijo con un aire muy burlón —¿Cómo corres tan temprano por el campo, en una mañana tan hermosa?— Voy a pasear —dijo el erizo.

—¿A pasear? —dijo riendo la liebre—; me parece que necesitarías para ello cambiar de piernas.

Esta respuesta disgustó mucho al erizo, pues no se incomodaba mas que cuando se trataba de sus piernas, porque las tenía torcidas de nacimiento.

—¿Te imaginas quizá —dijo a la liebre— que tus piernas valen más que las mías?

—Lo creo al menos —dijo la liebre.

—Eso es lo que está por ver —repuso el erizo—; apuesto a que, si corremos juntos, corro más que tú.

—¿Con tus piernas torcidas? Tú te chanceas —dijo la liebre—, pero si quieres apostaremos. ¿Qué vamos a ganar?

—Un luis de oro y una botella de aguardiente —dijo el erizo—. Apostado —dijo la liebre—; toca y podemos probarlo en el acto.

—No, a nada viene tanta prisa —dijo el erizo—; aún no he tomado nada hoy y quiero ir a mi casa a tomar cualquier cosa. Volveré dentro de media hora.

Consintió la liebre y se marchó el erizo. Por el camino se iba diciendo a sí mismo: «La liebre se fía en sus largas piernas, pero yo se la jugaré. Se da mucha importancia, pero es muy tonta y lo pagará.»

En cuanto llegó a su casa, dijo el erizo a su mujer:

—Mujer, vístete corriendo; es preciso que vengas al campo conmigo. —¿Qué pasa? —dijo su mujer.

—He apostado con la liebre un luis de oro y una botella de aguardiente a que corro más que ella y es preciso que seas de la partida.

—Pero Dios mío, hombre —dijo la mujer al erizo levantando la cabeza—: ¿estás en tu sentido, has perdido la cabeza? ¿Cómo pretendes luchar en una carrera con la liebre?

—Silencio, mujer —dijo el erizo—; no te metas en lo que no te importa. Nunca te mezcles en los negocios de los hombres. Anda, vístete y ven conmigo.

¿Qué había de hacer la mujer del erizo?, tenía que obedecer, con ganas o sin ellas. Cuando salían juntos, dijo el erizo a su mujer:

—Pon cuidado en lo que voy a decirte. Vamos a correr por esa tierra grande que ves ahí. La liebre correrá por un surco y nosotros por el otro, partiremos de allá abajo. Tú no tienes más que estar escondida dentro del surco y cuando llegue la liebre cerca de ti, te levantas gritando: «Aquí estoy.»

Apenas había dicho esto, llegaron al punto designado. El erizo indicó a su mujer el puesto que debía ocupar y subió campo arriba. Cuando hubo llegado al otro

extremo encontró a la liebre que le dijo:

—Vamos a correr.

—Sin duda —repuso el erizo.

—Pues comencemos.

Y cada uno se colocó en su surco. La liebre dijo:

—Una, dos, tres.

Y partió como un torbellino, saltando varas enteras. El erizo dio dos o tres pasos detrás de ella, después se agazapó en el surco y se estuvo quieto.

En cuanto llegó la liebre a grandes zancadas al otro lado de la tierra, le gritó la mujer del erizo:

—Aquí estoy.

La liebre se admiró y maravilló mucho; creía oír al mismo erizo, pues la mujer era exactamente igual a su marido.

La liebre pensó para sí: «El diablo anda en esto.» Y añadió:

—Vamos a correr otra vez.

Y volvió a correr partiendo como un torbellino, saltando varas enteras, de modo que sus orejas flotaban al viento. La mujer del erizo no se movió de su puesto; cuando la liebre llegó al otro extremo de la tierra, le gritó el erizo:

—Aquí estoy.

La liebre fuera de sí, dijo:

—Volvamos a empezar, vamos a correr otra vez.

—¿Por qué no? —respondió el erizo—, estoy dispuesto a continuar todo el tiempo que quieras.

La liebre corrió así setenta y tres veces seguidas y el erizo sostuvo la lucha hasta el fin; cada vez que la liebre llegaba a un extremo u otro del campo, el erizo o su mujer decían siempre.

—Aquí estoy.

A las setenta y cuatro veces, la liebre no pudo concluir. Rodó por el suelo, en medio del campo le empezó a salir sangre por todas partes y expiró en el acto. El erizo cogió el luis de oro que había ganado y la botella de

aguardiente, llamó a su mujer para que saliese del surco y ambos entraron muy contentos en su casa y si no se han muerto viven todavía.

Así fue como el erizo en el erial de Buxtehuder3 corrió hasta que hizo morir a la liebre, y desde aquel tiempo ninguna liebre se ha atrevido a correr con ningún erizo de Buxtehuder.

La moral de esta historia es mucho más importante de lo que puede imaginarse; nadie, en primer lugar, debe burlarse del más pequeño, aunque sea un erizo; y, en segundo lugar, es bueno si tomáis mujer, que la toméis de vuestra clase y semejante a vos en un todo. Si sois erizo, tened cuidado de que vuestra mujer sea eriza y lo mismo en las demás clases.

## *Historia de uno que hizo un viaje para saber lo que era miedo*

Un labrador tenía dos hijos, el mayor de los cuales era muy listo y entendido y sabía muy bien a qué atenerse en todo, pero el menor era tonto y no entendía ni aprendía nada y cuando le veían las gentes decían:

—Trabajo tiene su padre con él.

Cuando había algo que hacer, tenía siempre que mandárselo al mayor, pero si su padre le mandaba algo siendo de noche, o le enviaba al oscurecer cerca del cementerio, o siendo ya oscuro al camino o cualquier otro lugar sombrío, le contestaba siempre:

—¡Oh!, no, padre, yo no voy allí: ¡tengo miedo! Pues era muy miedoso.

Si por la noche referían algún cuento alrededor de la lumbre, en particular si era de espectros y fantasmas, decían todos los que le oían:

—¡Qué miedo!

Pero el menor, que estaba en un rincón escuchándolos no podía comprender lo que querían decir:

—Siempre dicen ¡miedo, miedo!, yo no sé lo que es miedo: ese debe ser algún oficio del que no entiendo una palabra.

Más un día le dijo su padre:

—Oye tú, el que está en el rincón: ya eres hombre y tienes fuerzas suficientes para aprender algo con que ganarte la vida. Bien, ves cuánto trabaja tu hermano, pero tú no haces más que perder el tiempo.

—¡Ay padre!, —le contestó—, yo aprendería algo de buena gana y sobre todo quisiera aprender lo que es miedo, pues de lo contrario no quiero saber nada.

Su hermano mayor se echó a reír al oírle y dijo para sí:

—¡Dios mío, qué tonto es mi hermano!, nunca llegará a ganarse el sustento. Su padre suspiró y le contestó:

—Ya sabrás lo que es miedo: mas no por eso te ganarás la vida.

Poco después fue el sacristán de visita y le refirió el padre lo que pasaba, diciéndole cómo su hijo menor se daba tan mala maña para todo y que no sabía ni aprendía nada.

—¿Podréis creer que cuando le he preguntado si quería aprender algo para ganarse su vida, me contestó que solo quería saber lo que es miedo?

—Si no es más que eso, —le respondió el sacristán—, yo se lo enseñaré: enviádmele a mi casa y no tardará en saberlo.

El padre se alegró mucho, pues pensó entre sí:

—Ahora quedará un poco menos orgulloso.

El sacristán se lo llevó a su casa para enviarle a tocar las campanas. A los dos días le despertó a media noche, le mandó levantarse, subir al campanario y tocar las campanas.

—Ahora sabrás lo que es miedo, —dijo para sí.

Salió tras él y cuando el joven estaba en lo alto del campanario e iba a coger la cuerda de la campana, se puso en medio de la escalera, frente a la puerta, envuelto en una sábana blanca.

— Quién está ahí?, —preguntó el joven. Pero el fantasma no contestó ni se movió.

—Responde o te hago volver por dónde has venido, tú no tienes nada que hacer aquí a estas horas de la noche. Pero el sacristán continuó inmóvil, para que el joven creyese que era un espectro. El joven le preguntó por segunda vez:

—¿Quién eres?, habla, si eres un hombre honrado o si no te hago rodar por la escalera abajo.

El sacristán creyó que no haría lo que decía y estuvo sin respirar como si fuese de piedra. Entonces le preguntó el joven por tercera vez y como estaba ya incómodo, dio un salto y echó a rodar al espectro por la escalera, de modo que rodó diez escalones y fue a parar a un rincón. En seguida tocó las campanas y se fue a su casa, se acostó sin decir una palabra y se durmió. La mujer del sacristán esperó un largo rato a su marido; pero no volvía. Llena entonces de recelo, llamó al joven y le preguntó:

—¿No sabes dónde se ha quedado mi marido?, ha subido a la torre detrás de ti.

—No, —contestó el joven—, pero allí había uno en la escalera frente a la puerta y como no ha querido decirme palabra ni marcharse, he creído que iba a burlarse de mí y le he tirado por la escalera abajo. Id allí y veréis si es él, pues lo sentiría.

La mujer fue corriendo y halló a su marido que estaba en un rincón y se quejaba porque tenía una pierna rota.

Se lo llevó en seguida a su casa y fue corriendo a la del padre del joven.

—Vuestro hijo, —exclamó—, me ha causado una desgracia muy grande, ha tirado a mi marido por las escaleras y le ha roto una pierna; ese es el pago que nos ha dado el bribón.

Su padre se asustó, fue corriendo y llamó al joven.

—¿Qué mal pensamiento te ha dado para hacer esa picardía?

—Padre, —le contestó—, escuchadme, pues soy inocente. Era de noche y estaba allí como un alma del otro mundo. Ignoraba quién era y le he mandado tres veces hablar o marcharse.

—¡Ay!, —replicó su padre— solo me ocasionas disgustos: vete de mi presencia, no quiero volverte a ver más.

—Bien, padre con mucho gusto, pero esperad a que sea de día, yo iré y sabré lo que es miedo, así aprenderé un oficio con que poderme mantener.

—Aprende lo que quieras, —le dijo su padre—, todo me es indiferente.

Ahí tienes cinco duros para que no te falte por ahora que comer, márchate y no digas a nadie de dónde eres, ni quién es tu padre, para que no tenga que avergonzarme de ti.

—Bien, padre, haré lo que queréis, no tengáis cuidado por mí.

Como era ya de día se quedó el joven con sus cinco duros en el bolsillo y echó a andar por el camino real, diciendo constantemente:

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién me enseña lo que es miedo?

Entonces encontró un hombre que oyó las palabras que decía el joven para sí y cuando se hubieron alejado un poco hacia un sitio donde se veía una horca, le dijo:

—Mira, allí hay siete pobres a los que por sus muchos pecados han echado de la tierra y no quieren residir en el cielo; por eso ves que están aprendiendo a volar; ponte debajo de ellos, espera a que sea de noche y sabrás lo que es miedo.

—Si no es más que eso, —dijo el joven—, lo haré con facilidad; pero no dejes de enseñarme lo que es miedo y te daré mis cinco duros; vuelve a verme por la mañana temprano.

Entonces fue el joven a donde estaba la horca, se puso debajo y esperó a que fuera de noche y como tenía frío encendió lumbre; pero a media noche era el aire tan frío que no le servía de nada la lumbre; y como el aire hacía moverse a los cadáveres y chocar entre sí, creyó que teniendo frío, él que estaba al lado del fuego, mucho más debían tener los que estaban más lejos, por lo que procuraban reunirse para calentarse y como era muy compasivo, cogió la escalera, subió y los descolgó uno tras otro hasta que bajó a los siete. En seguida puso más leña en el fuego, sopló y los colocó alrededor para que se pudiesen calentar. Pero como no se movían y la lumbre no hacía ningún efecto en sus cuerpos, les dijo:

—Mirad lo que hacéis, porque si no vuelvo a colgaros.

Pero los muertos no le oían, callaban y continuaban sin hacer movimiento alguno. Incómodo, les dijo entonces:

—Ya que no queréis hacerme caso después que me he propuesto ayudaros, no quiero que os calentéis más.

Y los volvió a colgar uno tras otro. Entonces se echó al lado del fuego y se durmió, a la mañana siguiente cuando vino el hombre, quería que le diese los cinco duros; pues le dijo:

—¿Ahora ya sabrás lo que es miedo?

—No, —respondió—, ¿por qué lo he de saber? Los que están ahí arriba tienen la boca bien cerrada y son tan tontos, que no quieren ni calentarse.

Entonces vio el hombre que no estaba el dinero para él y se marchó diciendo: —Con este no me ha ido muy bien.

El joven continuó su camino y comenzó otra vez a decir:

—¿Quién me enseñará lo que es miedo?, ¿quién me enseñará lo que es miedo? Oyéndolo un carretero que iba tras él, le preguntó:

—¿Quién eres?

—No lo sé, —le contestó el joven.

—¿De dónde eres?, —continuó preguntándole el carretero.

—No lo sé.

—¿Quién es tu padre?

—No puedo decirlo.

—¿En qué vas pensando?

—¡Ah!, —respondió el joven— quisiera encontrar quien me enseñase lo que es miedo, pero nadie quiere enseñármelo.

—No digas tonterías, —replicó el carretero—, ven conmigo, ven conmigo y veré si puedo conseguirlo.

El joven continuó caminando con el carretero y por la noche llegaron a una posada, donde determinaron quedarse. Pero apenas llegó a la puerta, comenzó a decir en voz alta:

—¿Quién me enseña lo que es miedo?, ¿quién me enseña lo que es miedo? El posadero al oírle se echó a reír diciendo:

—Si quieres saberlo; aquí se te presentará una buena ocasión.

—Calla, —le dijo la posadera—, muchos temerarios han perdido ya la vida y sería una lástima que esos hermosos ojos no volvieran a ver la luz más.

Pero el joven le contestó:

—Aunque me sucediera otra cosa peor, quisiera saberlo, pues ese es el motivo de mi viaje.

No dejó descansar a nadie en la posada hasta que le dijeron que no lejos de allí había un castillo arruinado, donde podría saber lo que era miedo con solo pasar en él tres noches.

El rey había ofrecido por mujer a su hija, que era la doncella más hermosa que había visto el sol, al que quisiese hacer la prueba. En el castillo había grandes tesoros ocultos que estaban guardados por los malos espíritus, los cuales se descubrían entonces y eran suficientes para hacer rico a un pobre. A la mañana siguiente se presentó el joven al rey, diciéndole que si se lo permitía pasaría tres noches en el castillo arruinado.

El rey le miró y como le agradase, le dijo:

—Puedes llevar contigo tres cosas, con tal que no tengan vida, para quedarte en el castillo. El joven le contestó:

—Pues bien, concededme llevar leña para hacer lumbre, un torno y un tajo con su cuchilla.

El rey le dio todo lo que había pedido. En cuanto fue de noche entró el joven en el castillo, encendió en una sala un hermoso fuego, puso al lado el tajo con el cuchillo y se sentó en el torno.

—¡Ah!, ¡si me enseñaran lo que es miedo!, —dijo—; pero aquí tampoco lo aprenderé.

Hacia media noche se puso a atizar el fuego y cuando estaba soplando oyó de repente decir en un rincón:

—¡Miau!, ¡miau!, ¡qué frío tenemos!

—Locos, —exclamó—, ¿por qué gritáis?, si tenéis frío, venid, sentaos a la lumbre y calentaos.

Y apenas hubo dicho esto, vio dos hermosos gatos negros que se pusieron a su lado y le miraban con sus ojos de fuego; al poco rato, en cuanto se hubieron calentado, dijeron:

—Camarada, ¿quieres jugar con nosotros a las cartas?

—¿Por qué no?, —les contestó—; pero enseñadme primero las patas.

—Entonces extendieron sus manos.

—¡Ah!, —les dijo— ¡qué uñas tan largas tenéis!, aguardad a que os las cortes primeras. Entonces los cogió por los pies, los puso en el tajo y los aseguró bien por las patas. —Ya os he visto las uñas, —les dijo—, ahora no tengo ganas de jugar.

Los mató y los tiró al agua. Pero al poco de haberlos tirado, iba a sentarse a la lumbre, cuando salieron de todos los rincones y rendijas una multitud de gatos y perros negros con cadenas de fuego; eran tantos en número que no se podían contar; gritaban horriblemente, rodeaban la lumbre, tiraban de él y le querían arañar. Los miró un rato con la mayor tranquilidad y así que se incomodó cogió su cuchillo, exclamando:

—Marchaos, canalla.

Y se dirigió hacia ellos.

Una parte escapó y a la otra la mató y la echó al estanque. En cuanto concluyó su tarea se puso a soplar la lumbre y volvió a calentarse. Y apenas estuvo sentado, comenzaron a cerrársele los ojos y tuvo ganas de dormir. Miró a su alrededor y vio en un rincón una hermosa cama.

—Me viene muy bien, —dijo. Y se echó en ella.

Pero cuando iban a cerrársele los ojos, comenzó a andar la cama por sí misma y a dar vueltas alrededor del cuarto.

— Tanto mejor, —dijo—, tanto mejor.

Y la cama continuó corriendo por los suelos y escaleras como si tiraran de ella seis caballos. Más de repente cayó, quedándose él debajo y sintiendo un peso como si tuviera una montaña encima, pero levantó las colchas y almohadas y se puso en pie diciendo:

—No tengo ganas de andar.

Se sentó junto al fuego y se durmió hasta el otro día. El rey vino a la mañana siguiente y como le vio caído en el suelo creyó que los espectros habían dado fin con él y que estaba muerto. Entonces dijo:

—¡Qué lástima de hombre!, ¡tan buen mozo!

El joven al oírle, se levantó y le contestó:

—Aún no hay por qué tenerme lástima.

El rey, admirado, le preguntó cómo le había ido.

—Muy bien, —le respondió—, ya ha pasado una noche, las otras dos vendrán y pasarán también. Cuando volvió a la casa le miró asombrado el posadero:

—Temía, —dijo—, no volverte a ver vivo; ¿sabes ya lo que es miedo?

—No, —contestó—, todo es inútil, si no hay alguien que quiera enseñármelo.

A la segunda noche fue de nuevo al castillo, se sentó a la lumbre y comenzó su vieja canción: —¿Quién me enseña lo que es miedo?

A la media noche comenzaron a oírse ruidos y golpes, primero débiles, después más fuertes y por último cayó por la chimenea con mucho ruido la mitad de un hombre, quedándose delante de él.

—Hola, —exclamó—, todavía falta el otro medio, esto es muy poco.

Entonces comenzó el ruido de nuevo: parecía que tronaba y se venía el castillo abajo y cayó la otra mitad.

—Espera, —le dijo—, encenderé un poco el fuego.

Apenas hubo concluido y miró a su alrededor, vio que se habían unido las dos partes y que un hombre muy horrible se había sentado en su puesto.

—Nosotros no hemos apostado, —dijo el joven—, el banco es mío.

El hombre no le quiso dejar sentar, pero el joven le levantó con todas sus fuerzas y se puso de nuevo en su lugar. Entonces cayeron otros hombres uno después de otro, que cogieron nueve huesos y dos calaveras y se pusieron a jugar a los bolos. El joven, alegrándose, les dijo:

—¿Puedo ser de la partida?

—Sí, si tienes dinero.

—Y bastante, —les contestó—, pero vuestras bolas no son bien redondas. Entonces cogió una calavera, la puso en el torno y la redondeó.

—Así están mejor, —les dijo—; ahora vamos.

Jugó con ellos y perdió algún dinero; más en cuanto dieron las doce todo desapareció de sus ojos. Se echó y durmió con la mayor tranquilidad. A la mañana siguiente fue el rey a informarse.

—¿Cómo lo has pasado?, —le preguntó.

—He jugado y perdido un par de pesetas, —le contestó.

—¿No has tenido miedo?

—Por el contrario, me he divertido mucho. ¡Ojalá supiera lo que es miedo! A la tercera noche se sentó de nuevo en su banco y dijo incómodo: —¿Cuándo sabré lo que es miedo?

En cuanto comenzó a hacerse tarde se le presentaron seis hombres muy altos que traían una caja de muerto.

—¡Ay!, —les dijo— este es de seguro mi primo, que ha muerto hace un par de días. Hizo señal con la mano y dijo:

—Ven, primito, ven.

Pusieron el ataúd en el suelo, se acercó a él y levantó la tapa; había un cadáver dentro. Le tocó la cara, pero estaba fría como el hielo.

—Espera, —dijo— te calentaré un poco.

Fue al fuego, calentó su mano y se la puso en el rostro, pero el muerto permaneció frío. Entonces le cogió en brazos, le llevó a la lumbre y le puso encima de sí y le frotó los brazos para que la sangre se le pusiese de nuevo en movimiento. Como no conseguía nada, se le ocurrió de pronto:

—Si me meto con él en la cama, se calentará.

—Se llevó al muerto a la cama, le tapó y se echó a un lado. Al poco tiempo estaba el muerto caliente y comenzó a moverse. Entonces, dijo el joven:

—Mira, hermanito, ya te he calentado.

Pero el muerto se levantó diciendo:

—Ahora quiero estrangularte.

—¡Hola!, —le contestó—, ¿son esas las gracias que me das? ¡Pronto volverás a tu caja!

Le cogió, le metió dentro de ella y cerró; entonces volvieron los seis hombres y se lo llevaron de allí.

—No me asustarán, —dijo—; aquí no aprendo yo a ganarme la vida.

Entonces entró un hombre que era más alto que los otros y tenía un aspecto horrible, pero era viejo y tenía una larga barba blanca.

—¡Ah, malvado, pronto sabrás lo que es miedo, pues vas a morir!

—No tan pronto, —contestó el joven.

—Yo te quiero matar, —dijo el hechicero.

—Poco a poco, eso no se hace tan fácilmente, yo soy tan fuerte como tú y mucho más todavía. —Eso lo veremos, —dijo el anciano—; ven, probaremos.

Entonces le condujo a un corredor muy oscuro, junto a una fragua, cogió un hacha y dio en un yunque, que metió de un golpe en la tierra.

—Eso lo hago yo mucho mejor —dijo el joven.

Y se dirigió a otro yunque; el anciano se puso a su lado para verle y su barba tocaba en la bigornia. Entonces cogió el joven el hacha, abrió el yunque de un golpe y clavó dentro la barba del anciano.

—Ya eres mío, —le dijo—, ahora morirás tú.

Entonces cogió una barra de hierro y comenzó a pegar con ella al anciano hasta que comenzó a quejarse y le ofreció, si le dejaba libre, darle grandes riquezas. El joven soltó el hacha y le dejó en libertad. El anciano le condujo de nuevo al castillo y le enseñó tres cofres llenos de oro, que había en una cueva.

—Una parte es de los pobres, la otra del rey y la tercera tuya.

Entonces dieron las doce y desapareció el espíritu, quedando el joven en la oscuridad.

—Yo me las arreglaré —dijo.

Empezó a andar a tientas, encontró el camino del cuarto y durmió allí junto a la lumbre. A la mañana siguiente volvió el rey y le dijo:

—Ahora ya sabrás lo que es miedo.

—No, —le contestó—, no lo sé; aquí ha estado mi primo muerto y un hombre barbudo que me ha enseñado mucho dinero, pero no ha podido enseñarme lo que es miedo.

Entonces le dijo el rey:

—Tú has desencantado el castillo y te casarás con mi hija.

—Todo eso está bien, —le contestó—; pero, sin embargo, aún no sé lo que es miedo.

Entonces sacaron todo el oro de allí y celebraron las bodas, pero el joven rey, aunque amaba mucho a su esposa y estaba muy contento, no dejaba de decir:

—¿Quién me enseñará lo que es miedo?, ¿quién me enseñará, etc.? Esto disgustó al fin a su esposa y dijo a sus doncellas:

—Voy a procurar enseñarle lo que es miedo.

Fue al arroyo que corría por el jardín y mandó traer un cubo entero lleno de peces. Por la noche cuando dormía el joven rey, levantó su esposa la ropa y puso el cubo lleno de agua encima de él, de manera que los peces al saltar, dejaban caer algunas gotas de agua. Entonces despertó diciendo.

— ¡Ah!, ¿quién me asusta?, ¿quién me asusta, querida esposa? Ahora sé ya lo que es miedo.

## *Juan el sabio*

Pregunta la madre a Juan:

—¿Adónde vas, Juan?

Responde Juan:

—A casa de Margarita.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una aguja. Juan dice:

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge la aguja, la pone en un carro de heno y se vuelve a casa tras el carro. —Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Y qué te dio Margarita?

—Una aguja me dio.

—¿Y dónde tienes la aguja, Juan?

—En el carro de heno la metí.

—Hiciste una tontería, Juan; debías clavártela en la manga.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan un cuchillo.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge el cuchillo, se lo clava en la manga y regresa a su casa.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Y qué te dio Margarita?

—Un cuchillo me dio.

—¿Dónde tienes el cuchillo, Juan?

—Lo clavé en la manga.

—Hiciste una tontería, Juan. Debiste meterlo en el bolsillo.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una cabrita.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge la cabrita, le ata las patas y se la mete en el bolsillo. Al llegar a casa, está ahogada.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Qué te dio Margarita?

—Una cabra me dio.

—¿Y dónde tienes la cabra, Juan?

—En el bolsillo la metí.

—Hiciste una tontería, Juan. Debiste atar la cabra de una cuerda. —No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita, regala a Juan un trozo de tocino.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge el tocino, lo ata de una cuerda y lo arrastra detrás de sí. Vienen los perros y se comen el tocino. Al llegar a casa tira aún de la cuerda, pero nada cuelga de ella.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Qué te dio Margarita?

—Un trozo de tocino me dio,

—¿Dónde tienes el tocino, Juan?

—Lo até de una cuerda, lo traje a rastras, los perros se lo comieron.

—Hiciste una tontería, Juan. Debiste llevar el tocino sobre la cabeza.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.
Margarita regala a Juan una ternera.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge la ternera, se la pone sobre la cabeza, y el animal le pisotea y lastima la cara.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada, ella me dio.

—¿Qué te dio Margarita?

—Una ternera me dio.

—¿Dónde tienes la ternera, Juan?

—Sobre la cabeza la puse; me lastimó la cara.

—Hiciste una tontería, Juan. Debías traerla atada y ponerla en el pesebre.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno? —Traer nada; tú me darás.

Margarita dice a Juan:

—Me voy contigo.

Juan coge a Margarita, la ata a una cuerda, la conduce hasta el pesebre y la amarra en él. Luego va donde su madre.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada.

—¿Qué te ha dado Margarita?

—Nada me dio; se vino conmigo.

—¿Y dónde has dejado a Margarita?

—La he llevado atada de una cuerda; la amarré al pesebre y le eché hierba.

—Hiciste una tontería, Juan; debías ponerle ojos

tiernos.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

Juan va al establo, saca los ojos a todas las terneras y ovejas y los pone en la cara de Margarita. Margarita se enfada, se suelta y escapa, y Juan se queda sin novia.

# ÍNDICE

“El lobo movió la cerradura, abrió la puerta y sin decir una palabra más, se fue directo a la cama de la abuelita y de un bocado se la tragó...

Colección
Lima Lee

